



Literatura guipuzcoana en euskera

P. LUIS VILLASANTE
Académico Numerario de la Lengua Vasca.
Historiador de la Lengua

A BRAHAN Ortelius, en su famoso Atlas publicado en Amberés en 1570 y dedicado a Felipe II, nos ha dejado una curiosa descripción de Guipúzcoa, ilustrada incluso con un mapa de la provincia. La descripción no es precisamente muy halagüeña para el que va en busca de actividades literarias y de empresas culturales. Ortelius nos informa que Guipúzcoa es muro y defensa para los reinos de Castilla y León. Reconoce que su lenguaje es muy diferente del de los españoles, y nos da esta somera descripción del país:

«Es provincia montañosa, aunque toda ella muy fértil de hierro y acero, tanto que en ninguna parte se halla más ni mejor: y por esto se saca de aquí todo género de herramientas para las regiones comarcanas, con grande ganancia de los naturales. Hácense también instrumentos de guerra, como son arcabuces, ballestas, escopetas, cotas de malla, espadas, etc., en tanta abundancia y bondad, que no sólo todo el mundo los desea, mas también todo él es de aquí proveído. La gente es también muy belicosa, de manera que con verdad se puede decir ser esta región la botica de Marte, y los moradores oficiales suyos. Los que moran a la mar, comúnmente son marineros y ganan la vida con la pesca de unos pescados, que llaman bacallaos, y de ballenas, cuya grasa sacan cociéndola en calderas, y derretida la echan en toneles, y la venden en otras tierras extrañas. Hácese también aquí sal, en los lugares que por eso se llaman Salinas, y la mezclan con avena o con semilla de lino, no sé por qué».

Ortelius dice también que la «ciudad metropolitana» de Guipúzcoa es Tolosa. El dato no es desperdiciable. En efecto, el vascuence de Tolosa gozará en Guipúzcoa de un prestigio secular. El vasco literario de Guipúzcoa

se basará con bastante fidelidad en la variedad hablada en la comarca tolosana.

Guipúzcoa ocupa desde luego una posición privilegiada dentro del país vasco. Estando rodeada por todas partes de regiones vascas, viene a ser como el corazón o centro del país. Pero el despertar literario de la lengua ha sido más bien tardío y lento. Los guipuzcoanos de otros siglos, más que por tareas culturales y literarias (salvo honrosas excepciones) parecen haberse preocupado por otros ramos y actividades humanas. Hablaban su lengua y la amaban, sin duda, pero no se percataron de la importancia que tiene el cultivo literario de la misma.

En este punto se les adelantaron sus hermanos vasco-franceses, especialmente los de la provincia de Labort (si bien el más célebre escritor de éstos, Axular, no es precisamente labortano, sino navarro).

Hallándose además la lengua vasca parcelada en multitud de dialectos y variedades, y perteneciendo los vascos a diversas circunscripciones políticas, no era fácil que surgiera una lengua literaria coherente y normalizada, ni que hubiera una actividad literaria floreciente. Lo que cabía esperar es lo que de hecho hubo: una suerte de cantonalismo. Ya Azaola escribió que para hallar en Europa un caso similar al vasco, había que ir a Suiza. Ateniéndonos ahora al campo literario, lo que en el país descubrimos es variedad de focos y de tradiciones literarias, según el habla de las diversas circunscripciones políticas; y la actividad literaria ha sido más bien tardía y débil.

A. Hovelacque escribía en 1877:

«Las variedades de la lengua vasca son, por así decirlo, innumerables, y cada villorrio tiene alguna particularidad que le es propia. Ello no tiene, ciertamente, nada de anormal. Mas, al lado de la lengua espontáneamente hablada, del lenguaje local, los idiomas tienen un dialecto general, en cierta manera convencional, fruto de la educación y que muchas veces es muy vecino a la lengua escrita. Pero en vasco no hay nada de eso, y cada escritor se fabrica una lengua a su fantasía».

Estas palabras del sabio lingüista no dejan, hasta cierto punto, de ser justas. A falta de una corriente poderosa que se imponga por sí misma, por su misma importancia, el escritor vasco ha trabajado muchas veces en una suerte de aislamiento espiritual, y así la literatura vasca se ha atomizado, tomando demasiadas veces los localismos como medio de expresión.

Con todo, también es preciso reconocer que poco a poco una determinada corriente literaria ha ido prevaleciendo e imponiéndose; y ha sido

precisamente nuestra época la que ha hecho los posibles por desbaratar esta unión que se venía haciendo. El P. I. Omaechevarría ha podido hablar de esa «especie de *koiné* o lengua común de predicadores, bertsolaris y escritores clásicos». Esta lengua común (por lo que al país vasco español se refiere, pues prescindo ahora de la evolución de las cosas en el vecino país vasco-francés), es, ni más ni menos, el guipuzcoano literario. No que no existan otras tradiciones literarias, dentro de los vascos de España, singularmente la vizcaína; pero por su posición, prestigio y mayor cultivo, el guipuzcoano ha alcanzado una cierta preponderancia y posición de privilegio.

Digamos a todo esto que la lengua hablada dentro de Guipúzcoa no es ella misma uniforme. El habla del extremo oriental de Guipúzcoa (zona de Oyarzun, Irún, etc.), es clasificada como perteneciente al dialecto alto-navarro. En desquite, el príncipe Bonaparte consideraba como guipuzcoana la variedad hablada en la Burunda y valle de Araquil. Por último, Guipúzcoa posee una gran zona (la cuenca del Deva o extremo occidental), que es de habla vizcaína. Es curiosa la observación que hace a este respecto el príncipe Bonaparte:

«Cuando digo vizcaíno, y no guipuzcoano, de Vergara, sé muy bien que esta manera de hablar desagrada a los Señores Vergareses, pues se precian de ser guipuzcoanos puros. No digo que no, de la misma manera que no niego que los sermones de sus sacerdotes más instruidos, y frecuentemente incluso el lenguaje ordinario de las personas más esmeradamente educadas, sea no solamente guipuzcoano, sino incluso de la variedad más pura de Berteri. Todo esto, en cualquier caso, no cambia en absoluto mi manera de ver. Quieran o no los vergareses a los vizcaínos y a su dialecto, digo que no es menos cierto que la variedad vasca de Vergara, que se extiende hasta Anzuola (el guipuzcoano por este lado no comienza hasta Villarreal y Zumárraga), tal como está en uso entre el pueblo bajo y los aldeanos, pertenece, lingüísticamente hablando, al vizcaíno oriental».

Por todo ello, y porque los azares de la vida han llevado a los autores a vivir en otras partes, no todos los guipuzcoanos han escrito en guipuzcoano. Pero a su vez también hay que decir que no todos los que escriben en guipuzcoano son guipuzcoanos.

En siglos pasados, a falta de escuelas y de centros culturales importantes, la acción de la Iglesia ha sido decisiva para la conservación y cultivo de la lengua. El sacerdote tenía que predicar, tenía que enseñar las verdades

de la fe a los fieles en su lengua; esto obligaba al eclesiástico a poner su atención refleja sobre ésta, y a cultivarla, al menos en un cierto grado. Por eso veremos que entre los hombres de Iglesia se encuentran los principales y casi los únicos cultivadores del vasco escrito, hasta nuestros días. Y la principal literatura es también literatura religiosa. Ahora la Iglesia ha dado un paso más, al admitir las lenguas vernáculas en la liturgia.

Dejando a un lado el campo de la poesía popular, el de la literatura de carácter oral, etc., aquí vamos a tratar solamente de los que se han ocupado de la otra, de la literatura libresca. Sin ánimo de ser exhaustivos, claro está.

ANTES DE LARRAMENDI

Todo el mundo sabe que la figura prócer del P. Manuel de Larramendi S. I. (1690-1766), marca un hito decisivo. El pegará un aldabonazo fuerte, tratando de despertar la conciencia de sus paisanos, descubriéndoles el tesoro que poseen en su lengua e impulsándoles al cultivo de ella. A pesar de los esfuerzos del jesuita andoaindarra, el despertar será más bien lento, pero la semilla está puesta, e irá dando sus frutos con el tiempo.

No es que antes de Larramendi no haya absolutamente nada. En el siglo xvi Guipúzcoa produjo al ilustre historiador Esteban de Garibay, hijo de Mondragón. Garibay hizo su gran obra histórica en castellano; y a fin de imprimirla, se fue con sus papeles personalmente hasta Amberes. Allí, efectivamente, en casa de Plantino, se imprimió el Compendio Historial, o sea, la primera Historia General de España. Garibay sentía un inmenso cariño por todo lo que a la lengua vasca se refiere. Para convencerse de ello, basta hojear su obra y ver que no desperdicia ocasión de insertar en ella vocablos, trozos de poesía popular, refranes, etc. Sentía también un orgullo y optimismo ilimitado sobre la estirpe guipuzcoana, a la que identificará con los cántabros que tuvieron en jaque a los romanos en tiempo de Augusto. Una de sus obsesiones será, en efecto, buscar ascendientes gloriosos a los guipuzcoanos, y creará haberlos hallado en los famosos cántabros. Por lo demás, Garibay nos dirá que fue Túbal el que después de la confusión de las lenguas en Babel importó el vascuence a España. El vascuence sería, por tanto, la lengua primitiva, aborígen y universal de España, hasta que, por efecto de la dominación romana, quedó ésta reducida a los límites actuales. Garibay nos ha dejado además una colección de refranes vascos sumamente interesante, en el habla de Mondragón, que es vizcaína.

Baltasar de Echave, zumayano, será otro apologista de lo vasco, pero que escribe en castellano. El país será pródigo en esta clase de escritores. Larramendi mismo, en el fondo, pertenece a la casta de los apologistas, así como Erro (otro andoaindarra). Ellos profesan una admiración ilimitada por la lengua vasca; intuyen en ella no sé qué perfecciones intrínsecas y filosóficas. Su enorme equivocación consiste en no darse cuenta de que las lenguas se perfeccionan con el uso, tanto hablado como escrito. Ellos veneran el vascuence y tejen apologías de esta lengua; pero escriben en castellano. Pese a todo, hay que decir que se nos hacen simpáticos. Su amor un tanto desordenado les hace perder la visión serena de las cosas e incurrir en grandes desvarios.

En el siglo xvii tenemos al clérigo Lope Martínez de Isasti, natural de Lezo, autor del *Compendio Historial de Guipúzcoa*, escrito en 1625, pero que no había de imprimirse hasta 1850. También él escribe en castellano, pero en el capítulo dedicado a la lengua vasca nos ha dejado una lista de proverbios, una traducción de la Salve Regina, y la octava «¿Yo, para qué nací?», traducida al vasco por don Miguel Suescun. Dicha octava está en un vasco que en cuanto al valor de las formas verbales difiere notablemente del actual; representa un estadio arcaico en la evolución de la lengua. Isasti nos trae también las frases de saludo que se intercambiaban entre los marineros vascos y los naturales de Terranova, adonde iban aquéllos en busca del bacalao. Por lo visto, los habitantes de aquella isla estaban un tanto familiarizados con la lengua de sus clientes. Dice, pues, Isasti que los guipuzcoanos saludaban *Nola zaude?* (¿Cómo estás?). Y los naturales de Terranova, sin entender lo que decían pero con fórmula aprendida de aquéllos, respondían: *Apaizak obeto* (Los curas están mejor).

Isasti trae también un diálogo entre Carlos V y un arriero. Según Isasti, Carlos V sabía vascuence y gustaba de hablarlo.

En la primera mitad del siglo xviii se publican ciertos catecismos o manualitos de instrucción religiosa, escritos exclusivamente en vasco. Uno de los más célebres es el de Ochoa de Arín, publicado en 1713 y escrito, según reza el título, en el euskera de Villafranca. Otro es el de Irazusta, párroco de Hernialde, que llegó a estar de texto durante muchísimos años. Ambos están plagados de voces castellanas hasta extremos inverosímiles.

Dentro del género de la literatura religiosa son inolvidables también, por el influjo que han ejercido en las viejas generaciones, los venerables versos de la Pasión, originales del P. Agustín Basterrechea, jesuita. El P. Basterrechea era vizcaíno, y en este dialecto parece se compusieron ori-

ginalmente estos famosos versos; pero el P. Cardaberaz los puso en guipuzcoano, y esta versión es la que más difusión y arraigo ha alcanzado en el país. Recuerdo que Graciano Anduaga, el viejo bersolari de Guesalza, en este barrio de Aránzazu, todos los años por Semana Santa recitaba la historia de la Pasión según estos sentidos versos que él se sabía de memoria de punta a cabo y los canturreaba con una tonada característica, añadiendo después sus propias reflexiones y comentarios en torno a aquel tremendo drama.

EL P. LARRAMENDI

Pero en el siglo XVIII descuella, como hemos dicho, el P. Larramendi. Es preciso detenerse un momento sobre su figura. Las obras de Larramendi surgen de pronto, en medio de un yermo estéril e ingrato, como palomas prometedoras de una nueva primavera. Larramendi es una figura polifacética. Hombre dotado de gran ingenio y de extraordinaria vitalidad, siente una irrefrenable necesidad de actuar, de fustigar, de arremeter. Es hábil polemista. Un tanto sofista. Se dedicó también a otros campos además del vascológico, pero no siempre tuvo la suerte de ver publicadas sus obras. Así, por ejemplo, su libro de teología antigalicista no se publicó, porque los superiores no juzgaron prudente su publicación en aquellas circunstancias en que la Compañía veía comprometida su misma existencia.

Mérito del P. Larramendi fue la composición y publicación de la primera gramática de la lengua vasca, que salió en Salamanca en 1729, con el significativo título: *El Imposible Vencido. Arte de la lengua Bascongada*.

Aunque el vasco-hablante instintivamente y «exercité» guardaba las reglas y el sistema de la lengua vasca, nadie había reparado de forma refleja en tales reglas ni tenía conciencia de la existencia de las mismas. Mientras las lenguas neolatinas, herederas directas del latín, contaban desde hacía tiempo con sus propias gramáticas, la lengua vasca, radicalmente diversa de éstas, aparecía como incapaz de tenerla. De aquí que los cultos, educados en las lenguas sabias y en sus gramáticas, mirasen al vasco con cierto desdén, como un idioma inservible, ajeno a toda regla y arte. ¡Qué culpa tendría él de que las gramáticas de esas lenguas le cayeran como una camisa de fuerza! La aparición de *El Imposible Vencido* vino a echar por tierra estos prejuicios. En esta obra se analiza con notable lucidez, penetración y acierto el sistema de la lengua vasca, su morfología, declinaciones, conjugación, etc. Ello era, además, suministrar un instrumento valioso e indispensable para el cultivo del vasco.

En 1745, y en San Sebastián, Larramendi publicará también su voluminoso *Diccionario Trilingüe del Castellano, Bascuence y Latin*, obra ingente, pero deslucida por las preocupaciones de honra, por el afán de polémica. Larramendi quiere probar que el vascuence es lengua opulenta, rica y culta, comparable a la castellana, que cuenta con tantas palabras cultas como ésta. Para ello no tiene empacho alguno en inventar multitud de vocablos que incluye en su diccionario furtivamente, sin advertir al lector acerca de su procedencia u origen. Cuando en el vasco popular encuentra palabras similares a las castellanas, latinas, etc., sostiene que fueron estas lenguas las que tomaron dichos vocablos del vasco, y no al revés.

Pese a todos los defectos que deslucen la obra larramendiana, ésta en su conjunto fue valiosa e impresionó profunda y duraderamente a sus paisanos. Lo mismo que los apologistas anteriores (con los que tiene muchos rasgos comunes), Larramendi hizo toda su obra escribiendo en castellano, pero tuvo la virtud de impulsar a los vascos al cultivo de su idioma. Con la gramática y el diccionario les suministró, además, un instrumento útil para ello. Huelga decir que la gramática del P. Larramendi se basa sobre todo en el guipuzcoano, aunque tiene también indicaciones de los otros dialectos.

MENDIBURU, CARDABERAZ Y UBILLOS

Los primeros que recogieron la lección del P. Larramendi y la tradujeron en la práctica fueron dos hermanos suyos en religión, a saber, el P. Sebastián Mendiburu y el P. Agustín Cardaberaz. El primero, natural de Oyarzun y residente muchos años en Pamplona, escribe en un vasco infinitamente correcto y atildado, de tinte navarro. Su producción fue extensa y abundante, toda de carácter religioso. El P. Agustín de Cardaberaz, natural de Hernani, misionó durante muchos años por Guipúzcoa y Vizcaya. Sus numerosos opúsculos de carácter ascético, hagiográfico, etc., están escritos en un guipuzcoano corriente, con el fin práctico y apostólico de dar pasto religioso a los vascos en su lengua. El P. Cardaberaz fue un hombre de relevante santidad, que veía la absoluta necesidad de cultivar el vascuence para enseñar a los vascos las verdades religiosas. Tiene una obrita *Euskeraren Berri Onak* (Buenas nuevas para el vascuence), que se sale propiamente del tema religioso. En ella pondera la trascendencia que tienen las obras del P. Larramendi para el futuro del vascuence. Después de ellas —dice— no tienen excusa los eclesiásticos que no se capacitan para ejercer debidamente sus ministerios en vascuence.

El pago que se dio a estos venerables Padres, los primeros que en Guipúzcoa cultivaron el vascuence con alguna extensión, sistemática y copiosamente, fue el destierro. Les alcanzó la expulsión de los jesuitas decretada por Carlos III, y en Italia murieron los dos.

También en el siglo XVIII tenemos al P. Juan Antonio de Ubillos, franciscano de Aránzazu, autor de varios tomos de filosofía escotista, que en euskera nos dejó un libro sumamente pulcro: *Kristau doktriñ berri ekarlea* (El mensajero de la doctrina cristiana). Es una traducción del *Catéchisme Historique* de Fleury. El P. Ubillos era ³de Amasa, y oriundo de Andoain. Es probable que fuera también amigo o conocido del P. Larramendi.

LOS MOGUEL

En la segunda parte del siglo XVIII y primera del XIX conoció el país a tres ilustres escritores de apellido Moguel, emparentados entre sí. El más ilustre de ellos, Juan Antonio, fue tío de los otros dos. La familia Moguel era de origen castellano-aragonés, pero asentada en el país. Juan Antonio nació en Eibar, recibió esmerada educación en el colegio jesuítico de Calatayud y se hizo sacerdote. Vivió en Marquina (Vizcaya). Mantuvo relaciones con Guillermo de Humboldt, el célebre viajero prusiano, que se sintió cautivado por el misterio de este pueblo, poseedor de una lengua con todos los caracteres de ancestral y primitiva; así como también con Vargas Ponce, Astarloa, Añibarro, etc. Sumamente caritativo, Moguel acogía en su casa a muchos sacerdotes vasco-franceses que trasponían la frontera huyendo de los horrores de la Revolución francesa. Murió sumamente pobre, contagiado de resultas de asistir a unos apestados.

Juan Antonio fue un decidido cultivador del euskera y enamorado de esta lengua. Lo principal y más conocido de su producción literaria está en dialecto vizcaíno, pero su primera gran obra, de la que sólo se publicó una parte, *Erakasteak* (Enseñanzas catequísticas) fue escrita en guipuzcoano. Moguel mismo nos ha informado de la «nube de quejas» que se levantaron en Vizcaya, al ver que un sacerdote del Señorío utilizaba el dialecto de la provincia vecina para escribir su obra. Sin duda que Moguel comprendía la razón y necesidad de poseer un tipo de lengua común para usos literarios. El mismo dice, respondiendo a estos protestones: «El autor podría dar razones poderosas de su proceder». No obstante, hubo de plerarse a las exigencias del ambiente, y escribir sus restantes obras en vizcaíno. El sentimiento de la dignidad del propio dialecto y de la propia provincia era demasiado fuerte entre los vascos.

Por lo demás, y no obstante lo dicho, ya Cardaberaz nos informa que muchos vizcaínos prefieren que se les predique en guipuzcoano, y que, efectivamente, muchos predicadores vizcaínos se acostumbran a predicar en guipuzcoano.

Los otros dos Moguel (Juan José y Vicenta) fueron hermanos entre sí. Nacido el uno en Deva y la otra en Azcoitia (según las andanzas de la familia, ya que el padre era médico). Juan José, que también fue cura de Marquina, escribió, entre otras cosas *Baserritaar nekezaleentzako eskolia* (Escuela para los campesinos labradores), Bilbao, 1816, escrito en vizcaíno, y más tarde traducido al guipuzcoano.

Su hermana Vicenta, un año más joven que él, nos dejó un sabroso libro escrito en guipuzcoano y publicado en San Sebastián en 1804: *Ipui Onak* (Cuentos buenos). Son las célebres fábulas de Esopo. Ella misma nos cuenta que cuando era niña, al ver que su tío cura enseñaba latín a su hermano valiéndose de estas fábulas, también ella quiso aprenderlo, por el gusto de saborear las dichas fábulas, y consiguió que su tío tomase en consideración el deseo de la niña. Bien merece un recuerdo en nuestra literatura esta mujer humanista y escritora, ya que en la literatura vasca antigua en vano buscaremos otra figura de su sexo, metida a escritora.

ITURRIAGA

Iturriaga es otro distinguido autor, benemérito del euskera por muchos conceptos, que floreció en la primera mitad del siglo XIX. Oriundo también de Castilla, como los Moguel. Aunque el apellido con que es conocido sea vasquísimo, su primero y verdadero apellido era Pascual. Nació y murió en Hernani. «Adelantado de las artes pedagógicas sobre el vascuence», le ha llamado el P. J. I. Lasa, que ha dilucidado diversos puntos oscuros de su vida y obra. La enseñanza y las artes pedagógicas fueron efectivamente la preocupación de este culto y humanísimo sacerdote. Iturriaga dirigió una interesantísima moción a las Juntas Generales reunidas en Mondragón, donde expone cuál es el camino a seguir—a su juicio—, para la conservación del vascuence, sin perjuicio del castellano. El camino es éste: dar entrada a ambos idiomas en la escuela, enseñar a los niños a leer y escribir en ambas lenguas. No hay que proscribir, perseguir y matar una lengua con el pretexto de que hay que enseñar la otra: ésta es su tesis. ¡Cuántos disparates y aberraciones se hubieran evitado si se hubieran seguido los nobles y sabios avisos de Iturriaga!

A facilitar la consecución de estos objetivos se encaminaron las obras de Iturriaga: *Arte de aprender a hablar la lengua castellana para el uso de las escuelas de primeras letras de Guipúzcoa*, Hernani, 1841; *Diálogos basco-castellanos para las escuelas de primeras letras de Guipúzcoa*, Hernani, 1842; *Fábulas y otras composiciones en verso bascongado*, San Sebastián, 1842. Iturriaga es tal vez el mejor fabulista que ha tenido la literatura vasca. Sabe verter al vasco con gracia y donaire los temas de los fabulistas clásicos. El es también el autor de la letra de la marcha de San Ignacio.

Iturriaga tuvo el dolor de ver a su país, al que tanto amaba, lanzado a la vesania de la guerra civil. El, que era un espíritu abierto y amante de la paz, fue mal visto de los extremistas y amigos de la violencia. Temporalmente se vio obligado a huir al país vasco-francés. Lo mismo, y por las mismas fechas, sucedió a otro ilustre patricio vizcaíno, Novia de Salcedo, quien, ante el dolor de no poder evitar la guerra llamada carlista, se retiró a Aragón. Y la víspera de la segunda guerra carlista volverá a repetirse el drama. El poeta e imaginero ochandianés, Felipe Arrese y Beitia, nos hablará del dolor que tuvo que devorar al ver a los vascos obcecados por el afán de lucha que iba a precipitar al país a la debacle y a la ruina. El pedía a todos que se abstuvieran de la guerra, que se mantuvieran en paz, pero las palabras de cordura y de sensatez eran desoídas. Es triste ver cómo los pueblos se empeñan a veces en repetir generación tras generación los mismos disparates, sin aprender nada del pasado...

La noble profesión del magisterio ha producido otras figuras, además de la de Iturriaga, que han sido beneméritas tanto para el idioma vasco como para el castellano. No han hallado dificultad en hermanar el amor y el cultivo de ambas lenguas. Así, Luis de Astigarraga y Ugarte, que fue maestro en Segura; Claudio Otaegui, que lo fue de Cegama; Gregorio Arrúe, que lo fue de Zarauz; Juan María Eguren, Gerónimo Zalacain, etc. A pesar del esfuerzo de estos espíritus distinguidos, la escuela de Guipúzcoa conoció prácticas ominosas y persecutorias del vascuence que sólo en la rudeza de los tiempos y en la estrechez de las mentes hallan alguna excusa. El P. J. I. Lasa, maestro también él de primeras letras, ha hecho luz en un reciente libro sobre las prácticas pedagógicas seguidas en las escuelas de Guipúzcoa en siglos pasados. En nuestros días el carmelita Jáuregui, el claretiano Zabala-Arana, el escolapio Lerchundi, el capuchino P. Vera, la Casa Bruño y otros se han esforzado en la composición de libros didácticos, textos escolares, etc.

IZTUETA

Juan Ignacio de Iztueta (1767-1845), es casi el primer seglar con quien topamos entre los autores vascos de Guipúzcoa. Fue gran amigo de Iturriaga. Nació en Zaldivia, pero vivió mucho tiempo en San Sebastián. Hay todavía muchos puntos oscuros en su vida. Iztueta es una figura un tanto desconcertante y enigmática. Hombre de intuiciones profundas, asido entrañablemente a su tierra de Guipúzcoa, a la que amaba con sus ríos, riscos, aguas, cielos, hombres, juegos y lengua. Compuso unos versos famosos sobre las épicas luchas de los guipuzcoanos con los romanos (?). Son también célebres sus versos a Kontxesi, Concepción Bengoechea, que fue su tercera mujer. Mérito indiscutible de Iztueta es haber compuesto un libro sobre las danzas de Guipúzcoa: *Gipuzkoako dantza gogoangarrien kondaira edo historia*, San Sebastián, 1824. Gracias a él han podido salvarse y reconstruirse muchas de estas danzas típicas, que de otra suerte se hubieran perdido. Escribió también *Gipuzkoako probinziaren kondaira edo historia*, San Sebastián, 1847, monumento de amor a su tierra y país, a sus hombres, costumbres, pueblos, ríos, montañas, juegos, etc. No se puede ir con el escalpelo de la crítica a examinar esta obra, pues en ella habla el amor. Es el testamento que escribió en su vejez. Se sabe que cuando Iztueta escribió este libro tenía el pulso alteradísimo y la mano temblorosa; para poder escribir, tenía que bañar la mano en agua fría.

Su vascuence es muy desigual: natural y airoso cuando escribe por su cuenta, enrevesado y extraño cuando se ata al diccionario trilingüe. El príncipe Bonaparte dirá al P. Uriarte que huya de Iztueta como de *lupyak* (escorpiones), es decir, que no le tome por modelo al escribir en guipuzcoano.

AGUIRRE Y GUERRICO

Los dos autores clásicos de sermonarios que suministraban materia para cumplir con la obligación pastoral de predicar el sermón dominical de la misa mayor, fueron Aguirre, el de Asteasu, y Guerrico. El sermón dominical era una de las tareas más importantes del párroco, y su influjo en aquellos ambientes rurales era mucho mayor de lo que hoy podemos imaginar. La obra del rector de Asteasu, en tres tomos, se publicó en Tolosa, en 1850; la de Guerrico, en dos tomos, apareció también en Tolosa, en 1858. Sobre todo el primero es muy castizo, tiene un lenguaje, giros y modos de decir genuinamente vascos. Aguirre era de Asteasu y Guerrico de Segura. Don

Antonio Arrúe está preparando una antología de textos seleccionados en la espaciosa fronda de las pláticas de Aguirre.

Por el mismo tiempo, el franciscano José Cruz de Echeverría (1773-1853), natural de Oyarzun y residente en Zarauz y luego en Urnieta, publicaba diversas obras ascéticas, entre las que sobresalen la traducción de la *Vida Devota de San Francisco de Sales* y de la *Imitación de Cristo*, de Kempis.

Francisco Ignacio de Lardizábal (1806-1855), hijo de Zaldivia, compuso una gramática vascongada y un libro de lectura que es resumen de la historia del Antiguo y Nuevo Testamento. Este libro, escrito en un euskera sumamente pulcro y correcto, ha sido muy leído por las viejas generaciones.

BONAPARTE Y URIARTE

A mediados del siglo XIX hace su aparición en nuestro país el príncipe, enamorado de la lengua vasca, Luis Luciano Bonaparte. Recorre varias veces todo el país vascongado y se rodea de colaboradores. Entre los guipuzcoanos sobresalen José Antonio de Azpiazu y Claudio Otaegui. Además de muchos trabajos dialectológicos (más bien pequeños muestrarios de hablas locales) quiso el príncipe promover una obra de más envergadura: la traducción de toda la Biblia a los dos dialectos literarios principales, a saber, el labortano en el país vasco-francés, y el guipuzcoano en la parte vasco-española. Duvoisin ejecutó cumplidamente la tarea para el dialecto labortano. En Guipúzcoa, empero, el príncipe no encontraba sujeto que se sintiera con arrestos para tamaña empresa. Pero contaba con un religioso franciscano vizcaíno, sumamente laborioso, el P. José Antonio de Uriarte (1812-1869), natural de Arrigorriaga, y residente en Bermeo. El príncipe le dio instrucciones minuciosas sobre el tipo de guipuzcoano en que debía hacer la traducción. El fraile realizó el trabajo con voluntad indomable y con ilusión, y lo coronó; pero enfermó de una dolencia extraña e incurable, y murió prematuramente. «Todos me dicen que mis males provienen de haber trabajado demasiado en el vascuence», dice él al príncipe en una carta.

El príncipe, que solía ser muy exigente en materia de dialectismos, encargó a Azpiazu la revisión y corrección del texto de Uriarte, pero éste se cansó pronto de tan ingrata y larga tarea. Por entonces sobrevinieron los trastornos políticos de España y Francia (caída de Isabel II y de Napoleón III), con lo que el ilustre mecenas de los vascos se vio privado de la pensión de que gozaba, y así esta magna obra quedó inédita (fuera de los

tres primeros libros del *Pentateuco*, únicos que llegaron a publicarse). Los originales autógrafos de Uriarte se guardan hoy en la Diputación de Guipúzcoa. Fue Azkue el que gestionó su rescate y traída desde Londres. ¿No sería justo que, por fin, fueran rescatados al olvido y publicados?

Gregorio de Arrúe (1811-1890), natural de Hernani, pero residente en Zarauz, fue el prototipo del clásico traductor vasco. De joven había sido novicio en Aránzazu, de donde «fue expelido por enfermo», según la fría y escueta fórmula del libro de recepciones y profesiones. Gregorio de Arrúe acompañó y ayudó al holandés Van Eys, otro sabio extranjero que, atraído por el misterio de la lengua vasca, había venido al país. La lista de obras ascéticas y hagiográficas traducidas al vasco por Gregorio de Arrúe es larga y copiosa. Sobresale entre todas, por la difusión alcanzada, la *Vida de Santa Genoveva de Brabante*.

El jesuita José Ignacio de Arana (1838-1896), azcoitiano, nos dejó, entre otras cosas, una hermosa *Vida de San Ignacio de Loyola* en texto bilingüe, castellano y vasco. El canónigo cegamés D. J. M. Echeverría tradujo la conocida obra de Sardá y Salvany *El Liberalismo es pecado*. El cura de Urnieta M. A. Antía tradujo el devocionario de San Antonio M. Claret *Camino Recto del Cielo*. El franciscano P. Crispín de Beobide (1848-1891), natural de Azpeitia, publicó una hermosa *Vida de San Francisco de Asís*, a la que incorpora largos y sabrosos trozos de las Fioretti del Santo. Antero de Apaolaza nos dejó una bella traducción de *El Judas de la Casa*, de Trueba. El jesuita Francisco Goñi, misionero de China, es autor de un relato de los sucesos de Lourdes. Los sacerdotes Alfonso M. Zabala y Pedro Miguel Urruzuno sobresalieron por sus artículos de narraciones y cuentos, publicados en las revistas de la época.

EL DESPERTAR DE 1880

Hacia 1880 se nota en todo el país como una conmoción profunda, una toma de conciencia e inquietud por la supervivencia de la lengua y de las esencias culturales de una etnia que se ve amenazada de muerte. Las guerras carlistas han terminado con la más humillante derrota. Sigue la abolición de los Fueros. El bardo Iparraguirre sabe llegar hasta la entraña de las multitudes con su guitarra y sus cantos, con el *Gernikako* sobre todo. Y de pronto surge la figura que sabrá coordinar y encauzar las vagas aspiraciones

difusas por todo el país: fue éste el joven abogado donostiarra José de Manterola (1849-1884). San Sebastián será, en efecto, al menos por unos años, el foco y la sede del movimiento literario. Manterola es otra figura que sacrificará su juventud y aun su vida en aras de su amor al país y a la lengua vasca. Acomete y corona la publicación del *Cancionero*, antología o colección de poesías vascas de diversos géneros, con traducción, juicios críticos, datos biográficos de sus autores, melodías, etc. Para su tiempo esta obra supuso un gran esfuerzo de compilación. Pese al título de *Cancionero*, las poesías recogidas por Manterola son de origen literario, más bien que de origen folklórico o popular. A continuación Manterola funda la revista *Euskal-Erria*, la veterana de las revistas vascas, que tendrá larga vida. En ella se darán cita casi todos los cultivadores de la lengua. Manterola fue también el principal iniciador del Consistorio de los Juegos Florales de San Sebastián.

Antoine d'Abbadie, que venía organizando fiestas anuales de poesía vasca en el vecino país vasco-francés, por esta época se decide a extenderlas al lado de acá de la frontera. Se nota también por estos años un esfuerzo editorial notable, gracias sobre todo al benemérito editor don Eusebio López, de Tolosa. Se ve que el país quiere hacer algo, sobre todo por salvar su lengua de la muerte.

— — —

En este ambiente, y en San Sebastián, nace el teatro vasco. Sus principales representantes, en esta primera época, serán Marcelino Soroa, Toribio Alzaga, Avelino Barriola, etc. Y decimos que nace ahora el teatro con cierta continuidad y como institución, pues los casos anteriores que se conocen son más bien esporádicos y aislados (*Barrutia*, *Borracho burlado*). Don Antonio Labayen acaba de darnos la historia de este Teatro Euskaro, sus inicios, desarrollo, etc., hasta hoy.

— — —

El movimiento de San Sebastián no podía dejar de tener su poeta: fue éste Vilinch, seudónimo de Indalecio Bizcarrondo (1831-1876). Vilinch es un poeta romántico, un tanto llorón y pesimista, que sabe arrodillarse, asombrado, ante la belleza. Su vasco reproduce con fidelidad el habla popular de San Sebastián. El P. Antonio Zavala ha reeditado recientemente todas sus producciones.

UN ESPIRITU NUEVO

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, un cierto espíritu nuevo comienza a inocularse en la literatura vasca. Se quiere depurar la lengua,

dignificarla, convertirla en instrumento y vehículo para usos nobles y oficiales, sacarla de ese estado de servidumbre en que ha vivido con respecto a las lenguas que gozan de rango oficial. Por esta vez los vientos soplan de Vizcaya. El nuevo espíritu comete sin duda excesos deplorables, pero inyecta también una fuerza nueva a la vieja lengua. Tal vez el espejismo de lo oficial, de lo puro, les hace a estos reformistas perder de vista un poco la importancia de lo vivo, de lo popular y auténtico, de lo real, en suma, en contraposición a lo ideal. Por fortuna no se llegará a consumir la ruptura con la lengua viva y popular y con la tradición literaria antigua, aunque hay que reconocer que el nuevo movimiento ha sido injusto con exceso para con los viejos autores.

Y aquí topamos con la figura amable de don Domingo Aguirre (1864-1920). El efectúa la síntesis de las nuevas orientaciones en lo que tienen de más legítimo y aceptable. Su novela *Garoa* (El helecho), aparece en Durango, en 1912. Domingo Aguirre es vizcaíno, pero vive en Zumaya, y atraído por el dialecto de Guipúzcoa, le consagra esta obra, que será la mejor suya por más de un concepto. *Garoa* vendrá a quedar como el libro clásico para los que quieren formarse en el euskera guipuzcoano. El euskera de Domingo Aguirre es depurado y selecto, pero al mismo tiempo sólidamente cimentado en el habla popular. En medio de las incidencias y tramas propias de una novela un tanto romántica, *Garoa* es la descripción, un tanto idealizada, de la vida del caserío vasco.

Pierre Lhande (1877-1957), jesuita bayonés de prosapia suletina, en los años que residió en Fuenterrabía y Hernani, sintió también la atracción del guipuzcoano, y en este dialecto escribió su novela *Yolanda*.

Don Resurrección María de Azkue (1864-1951), primer Presidente de la Academia de la Lengua o «Euskaltzaindia», ha sido en la época actual el gran recopilador del idioma, de la poesía, música y folklore, hasta el punto que don Antonio Tovar le ha llamado el testamentario de la tradición popular vasca. Azkue es otro vizcaíno que sentirá a su modo la atracción del guipuzcoano. Escribirá un tratado, titulado *Gipuzkera Osotua* (el guipuzcoano completado), intento de crear una lengua literaria o común, basada en el guipuzcoano. Pero el tipo de lengua por él propuesto es un guipuzcoano alterado profundamente por efecto de las incrustaciones masivas de formas tomadas a todos los dialectos. Incluso compondrá una novela en el susodicho dialecto «completado»: *Ardi Galdua* (La oveja per-

dida). A decir verdad, no le acompañará el éxito. Resulta un lenguaje positizo, que ni los guipuzcoanos ni los vascos de las demás regiones reconocen por suyo.

Gregorio de Múgica (1882-1931), natural de Ormaiztegui, periodista e historiador, nos dejará, además de otras obras históricas, una recopilación de las aventuras y calaveradas del personaje popular Fernando Amezketarra.

LIZARDI

En el primer tercio de este siglo Guipúzcoa ha producido un poeta lírico de talla: José María de Aguirre «Lizardi» (1896-1933). Natural de Zarauz y residente en Tolosa, hombre de formación universitaria, Lizardi, a pesar de su corta vida, dejará huella duradera en la literatura vasca. El es el poeta de la Naturaleza, que ha sabido animar y transfigurar el paisaje vasco. Lizardi es el creador de un tipo de poesía muy concentrada, muy intelectual, difícil, si se quiere, pero que cuanto más se lee, más gusta. Ha sometido la lengua vasca a un trabajo ímprobo, hasta hacerle servir de cauce adecuado a los pensamientos de un hombre culto. Además de poeta, Lizardi fue también prosista de estilo inconfundible, aristocrático y prócer. Su sueño fue crear un dialecto central literario, aproximando el guipuzcoano al labortano.

El jesuita vitoriano P. Raimundo Olabide (1869-1942), nos ha dejado la traducción de la Biblia, hecha en un euskera guipuzcoano en el fondo, pero excesivamente alejado de la lengua real. Guipuzcoano «completado» o «alterado» con voces y formas de diversa procedencia en ingentes proporciones. ¿No será inevitable—como ha dicho Luis Michelena—que una mezcla tal deshaga y derrita el vigor y autenticidad de la lengua viva? Su hermano en religión, I. M. Mancisidor, ha escrito, en cambio, una serie de libros religiosos en un guipuzcoano sabroso y popular. A. Oyarzábal es autor de una *Vida de Cristo* en un lenguaje un tanto semejante al de Olabide. José Antonio de Irazusta compuso una bella novela en torno a la emigración vasca a América: *Joañixio*; J. Eizaguirre otra en torno a la guerra de 1936: *Ekaitzpean*; Munita, cura que fue de Arama, nos dejó un bello libro sobre las utilidades del árbol: *Gure mendi ta oyanak*: (Nuestros montes y bosques). El capuchino P. J. A. de Donostia ha sido un notabilísimo investi-

gador y vivificador de la música y poesía popular vasca. Pero no es posible hablar de todos.

ORIXE Y MICHELENA

Mención particularísima merece Nicolás Ormaechea «Orixe» (1888-1961), polígrafo extraordinario, que apenas ha dejado de tocar ningún campo de la vascolología ni variedad del vascuence por cultivar. Notable humanista, traductor prodigioso, poeta místico y épico, prosista, gramático, historiador de la literatura vasca, etc. Nació en Oreja (Guipúzcoa), pero se crió en Huici (Navarra). Debió su extraordinaria formación humanística a los jesuitas. Tradujo el *Lazarillo de Tormes* al vizcaíno, *Mireio*, de Mistral, al labortano. En labortano escribió también su historia de la literatura vasca. En guipuzcoano corriente tiene la biografía del cura Santa Cruz. Su traducción del misal y vespéral es fundamentalmente guipuzcoana, pero con grandes incrustaciones de muy varia procedencia. Tradujo además las *Confesiones*, de San Agustín. Después de su muerte ha aparecido la traducción de los Evangelios y de los Salmos. Quedan aún inéditos diversos escritos de temas místicos, etc.

En el campo poético Orixe nos ha dejado *Barne-Muiñetan* (En los entresijos interiores), precioso tomito de poesía mística, sumamente intelectual y condensada. Y sobre todo, *Euskaldunak* (Los vascos), grandioso poema épico que tiene por tema la descripción de la vida, costumbres, faenas, juegos, etc., del campesino vasco. El poema se desarrolla en Huici, pueblo de adopción de Orixe, y el lenguaje en que está escrito es también el de dicha zona, o sea, una variedad de alto-navarro. Existe traducción castellana de este monumental poema de corte homérico, hecha por el propio autor.

También ha dejado huella inolvidable como poeta y escritor el franciscano P. Salvador Michelena (1919-1965). Nació en Zarauz. Terminada su carrera eclesiástica, residió un decenio en San Sebastián, y durante el resto de su corta vida prestó sus servicios en diversos países de América, y por fin en Suiza, donde murió atendiendo a los emigrados españoles. Michelena es autor de un poema, más lírico que épico, en torno al Santuario mariano de Aránzazu, de una historia del mismo Santuario en prosa, de un tomo de poesías líricas y de un ensayo en torno a Unamuno. Esta última obra constituye, tal vez, el primer ensayo que se haya escrito en lengua vasca. Unamuno, como es sabido, es el creador de una cierta leyenda negra en torno al vascuence. Indefectiblemente, cuando se baraja la cuestión del vascuence, se cita su

nombre y su testimonio de que el vasco es una lengua intrínsecamente inepta e incapaz de ser vehículo de la cultura moderna. Michelena estudia, con gran cariño la figura del ilustre bilbaíno, y trata de auscultar las razones profundas que llevaron a Unamuno a adoptar esta postura. Desde luego, su ensayo es la prueba más rotunda de la falsedad de las aseveraciones de aquél. Michelena, en todas sus producciones, se ha mantenido notablemente fiel al dialecto materno.

EL MOMENTO ACTUAL

Y llegamos ya al punto en que la historia deja de ser tal para convertirse en actualidad. Hay poetas y escritores viejos y jóvenes, nuevas olas y corrientes. Pero es preciso hacer punto final. La inquietud y preocupación por salvar la lengua y transmitirla a las nuevas generaciones va calando cada vez más hondo en todas las capas de nuestra sociedad. Prueba de ello, las numerosas *ikastolas* o escuelas sostenidas por la iniciativa privada y que tienen por fin enseñar a los niños a hablar, leer y escribir en vasco; y prueba también las campañas de alfabetización que se organizan con el objeto de iniciar en la lectura y escritura de esta lengua a los que, sabiendo hablarla, faltos de escuela, tropiezan con dificultades para leer y escribir en ella. La Academia de la Lengua Vasca trabaja también en el problema de la adopción de una lengua literaria unificada y en la fijación de una terminología para la expresión de los conceptos culturales.

Nuestras indicaciones sobre el estado literario actual forzosamente han de ser sumarias e incompletas y redactadas mirando casi solo a Guipúzcoa. Citaremos los principales ramos en que la lengua es cultivada y algunos nombres más destacados en cada ramo. Será inevitable incurrir en omisiones, pues no es posible hablar de todos.

En poesía destacan el veterano Nemesio Echániz, que acaba de darnos una antología de sus mejores producciones: *Lur Berri Billa* (En busca de una tierra nueva); Joaquín Zaitegui; los Lecuona, tío y sobrino, autor este último de *Mindura Gaur* (La angustia hoy); Luis de Jáuregui; *Satarka*; F. Artola; *Otsalar*; Miguel Lasa; L. M. Mújica; J. Azurmendi; J. Lete; Ibón Sarasola.

En el teatro, Antonio Labayen, Carrasquedo Olarra, Salvador Garmendia, Beobide, etc.

Como lexicógrafos, L. Michelena, Pl. Mújica, Goicoechea, J. Gárate.

Como traductores: de la *Eneida*, A. Ibinagabeitia; de Hemingway, Goenaga; de Stevenson, Pl. Mújica; de la *Iliada*, S. Barandiarán; de Shakes-

peare y J. R. Jiménez, V. Amezaga; de Heine, J. Arregui; de C. J. Cela, L. Jáuregui; de Rabindranat Tagore, Onaindia, etc.

M. Iziar es autor de un libro de ornitología.

En el género autobiográfico han sobresalido: J. R. Zubillaga, autor de *Lardasketa* (Revoltijo) y S. Salaverria, autor de *Neronek tirako nizkin* (Seguramente fui yo el que le disparé los tiros).

En la novela ha sobresalido Yon Etxaide, autor también de narraciones, biografías y cuentos. J. A. Loidi es autor de una novela policiaca que ha merecido ser traducida al catalán.

En la literatura religiosa y traducción de textos bíblicos, litúrgicos, etc., han destacado M. Lecuona, Zugasti, F. Mendizábal, Gaztañaga, E. Barandiarán, Achaga, P. Basilio (Pasionista), Sorarrain, etc.

Como divulgador de la filosofía griega, J. Zaitegui.

En el cuento, Y. Etxaide, J. San Martín, Juliana Azpeitia, Martín Ugalde, *Jautarkol* (Luis Jáuregui), R. Zulaica.

En la composición de libros didácticos infantiles, Isaac López Mendizábal.

En obras para la enseñanza del euskera, F. Altuna, Oñatibia, *Umandi* (Urrestarazu), F. Mendizábal, I. López Mendizábal.

En la recogida del folklore y en la investigación prehistórica, ocupa un puesto de excepción J. M. Barandiarán.

En el ramo de la Lingüística y en el conocimiento de las fuentes del idioma, L. Michelena.

Como divulgador de temas agrícolas, Oñatibia.

Como investigador del *bertsolarismo* y de la poesía popular, A. Zavala. D. Manuel Lecuona, actual presidente de la Academia de la Lengua Vasca, ha consagrado también sus estudios al tema de la poesía popular, sus leyes, preceptiva, etc. Suya es también la letra de la ópera *Zigor*.

EDITORIALES. Las principales editoriales que editan libros vascos son: «Itxaropena», de Zarauz; «Auspoa», de Tolosa; «Auñamendi», de San Sebastián; la «Editorial Aránzazu», «Edili» y las últimamente constituidas Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones. Hay que reconocer que, no obstante estos laudables esfuerzos, falta aún una empresa editorial eficiente, que impulse la publicación de libros que expresen en vasco toda la problemática que interesa al hombre de hoy. Juzgamos que esta tarea es de vital necesidad.

PUBLICACIONES PERIODICAS. Las principales publicaciones periódicas que existen son: *Boletín de Amigos del País* (de estudios históricos

y lingüísticos); Anuario del Seminario Julio de Urquijo; *Euskera* (órgano de la Academia de la Lengua), *Egan* (de literatura); *Jakin*, (de temas culturales). Merece destacarse la labor del semanario *Zeruko Argia*, de noticias y comentarios de actualidad, donde colaboran muchas plumas nuevas. *Goiz-Argi*, dedicado al sector agrícola; *Anaitasuna*, *Karmel*, *Aranzazu* (bilingüe), *Oleri* (de poesía) etc. Los diarios de San Sebastián también tienen alguna sección euskérica.

UN PELIGRO

Tal vez haya que decir, con todo, que la producción literaria vasca en los últimos tiempos ha estado orientada demasiado exclusivamente hacia lo bello, hacia lo desinteresado, demasiado preocupada de cierto preciosismo y esteticismo. No olvidemos que las flores, aunque tienen un puesto en la vida, no constituyen el todo de ésta. Componer en vasco bellos poemas y obras literarias, pero dejar que la vida prosaica, con su problemática compleja, discurra en castellano, sería un error fatal. Sería tanto como confinar el vasco a un santuario, a una esfera ideal, al margen de la vida. Y este peligro existe, si no se fomenta una literatura más cercana a la vida y al habla real y cotidiana, que adapte el vasco a la expresión de todos los problemas y preocupaciones que son el patrimonio del hombre de hoy. Un americano que ha residido algunos meses en el país y ha aprendido la lengua, William C. M. Brown, expresaba, al partir, su temor de que el vasco llegue a dejar de ser lengua viva, real y popular, y quede tan sólo como lengua literaria, cultivada por una minoría de iniciados, patrimonio de un cenáculo o élite, del que se desentiende el gran público. No olvidemos que las lenguas son primariamente para ser habladas, secundariamente para ser escritas; y si la lengua escrita ha de ser auxiliar eficaz de la hablada, es preciso que se mantenga muy cercana a ésta, tanto por los temas y asuntos que trata, como por el tipo de lengua que al escribir se emplea. Son principios que sin cesar inculcaba y repetía, a modo de obsesión, don Severo de Altube, otro ilustre vascófilo guipuzcoano, natural de Mondragón. Altube ha sido el divulgador entre nosotros de los principios de la lingüística aplicables a la defensa de la vida del euskera, e investigador de la sintaxis y del acento vasco.

UN PROBLEMA QUE DEBE SER TOMADO EN SERIO

El noble esfuerzo de un pueblo que quiere mantenerse fiel a sus esencias, tropieza con un óbice prácticamente insuperable: el hallarse el vasco exclu-

do de la escuela. En efecto, en la vida civilizada de la era industrial y urbana, una lengua apenas tiene medios de abrirse paso (sobre todo, si esta lengua es tan diferente de la enseñada por los organismos encargados de la instrucción pública). No puede abrirse paso, decimos, si se le cierra la escuela y sólo débilmente tiene acceso a los modernos medios de difusión. El hecho crea en el pueblo una sensación de malestar creciente, pues cree verse injustamente privado de los medios necesarios para transmitir este precioso legado a las nuevas generaciones. Es hora de que a este problema se le preste la debida atención antes de que sea demasiado tarde. Existen—creemos—casos en que situaciones similares han sido felizmente resueltas por la adopción, a tiempo, de medidas oportunas. El país de Gales, por ejemplo, veía la retirada de su lengua galesa y tenía la misma sensación de verse privado de medios para su conservación por estar dicha lengua excluida de la escuela. De aquí nacía un clima de resentimiento contra Inglaterra. Al darse cuenta de ello, el Gobierno reconsideró el problema y dictó las medidas para la introducción de la lengua galesa en las escuelas de Gales, sin perjuicio, naturalmente, de la enseñanza del inglés. Los resultados han sido altamente beneficiosos para todos, y singularmente para Inglaterra.